

CAPITULO VIII.

Refiérense las propiedades de los caribes, y las habilidades que tienen.

Sobra á los indios bárbaros de esta provincia de agudeza en los exteriores sentidos lo que les falta de discurso, pues los tienen tan vivos y eficaces en sus operaciones, que dudo haya hombres en el mundo que les igualen: tienen la vista muy aguda, y así de grandísimas distancias divisan algunas cosas, que á no espermentarse, se dudaran. Acontece muchas veces caminar con estos indios, y decir, por tal camino viene á caballo un hombre en una bestia de tal color; y por mas que los pasajeros se despeñan por registrar lo que el indio les ha dicho, no pueden conseguirlo, y pasadas mas de dos horas suele llegar el caminante con la bestia del color que dijo el indio. Si un venado u otro animal se mueve en algun cerro, le descubre su vista con facilidad admirable, y le persiguen hasta cogerle, siendo sus ojos los seguidores de la mas distante caza: tan agudos son en el mirar, que para coger los panales de miel de que sus tierras abundan, se ponen debajo de algun árbol, y en viendo que pasa alguna abeja, la siguen sin perderla de vista, aunque vaya de ellos gran distancia, hasta que la ven parar en el lugar en donde tiene su miel, y se aprovechan de su dulzura. Cuando están en espía para coger á los incautos pasajeros, suben á lo mas empinado de los cerros, y desde allí divisando los caminos, reconocen la gente que viene, y si vienen con prevencion ó desarmados, y lo registran todo con tanta certeza, como si no hubiera distancia.

El oido es tambien vivísimo, y así cualquier estrépito es

sentido de ellos, aunque se haya ocasionado de muy lejos: para saber si vienen algunos compañeros que esperan, si es de noche muy oscura, que no pueden valerse de la vista, pegan el oido en la tierra, y en distrito grande oyen las pisadas y reconocen venir ya cerca los que aguardan.

Son grandes observadores de los astros, porque como siempre duermen á cielo descubierto y están hechos á mirarlos, se maravillan de cualquier nueva impresion que registran en los cielos; y observan asimismo los temporales, ó ya por las diversas mociones de las aves y animales, ó por otras naturales observaciones, pronosticando con mas verdad que los repertorios, cuándo ha de haber lluvias y tempestades, y cuándo serán los yelos mayores; que las aves y animales suelen ser en algunos casos maestros de los hombres, y así las divinas letras aconsejan que váyamos á aprender en las escuelas de las hormigas y abejas, siendo capaz la pequeñez de estos animalejos á dar lecciones á los racionales, que por esto el poeta llamó á la naturaleza madre de los brutos y madrastra de los hombres: *natura brutorum mater, hominumque noverca*: porque muchas cosas se facilitó á su instinto, que no las llega á imaginar nuestro entendimiento, y suelen los animales reconocer las mudanzas de los tiempos por su instinto, con mas certeza que nosotros con todo nuestro discurso.

En lo que toca al conocimiento de tierras, rios, montes y distancias, son aventajadísimos los indios de esta provincia, porque donde nosotros con seguir caminos reales y llevar buenos guias nos perdemos, ellos jamas se pierden, y tienen grande comprension de los parages y rumbos donde se hallan: es esta verdad tan espermentada, que cuando los españoles asaltan alguna ranchería de indios, así del reino de Leon como de la Vizcaya, en castigo de sus crueldades é insultos, cogen prisionera á la gente y á todos los pequeños de uno y otro sexo los sacan á la tierra fuera de las ciudades, para criarlos y enseñarles á vivir en nuestra ley cristiana, criándolos políticamente para que olviden la barbaridad en que nacieron, y suele suceder llevar muchos á la ciudad de México, que dista mas de doscientas leguas de sus tierras, y los que se pueden escapar despues de algunos dias, en medio de ser pequeños se huyen,

y fuera de los caminos, sustentándose de silvestres raíces, y sufriendo la sed algunos dias, se vuelven á sus tierras, llevando fijo el rumbo á donde intentan, sin que tanta multitud de leguas los haga perder el tino, cosa que admira á los españoles, porque cada dia se experimentan en este reino lastimosas pérdidas de hombres, que de sed y hambre perecen en estos desiertos, y los bárbaros indios aunque sean de poca edad, caminan toda la tierra, hasta llegar á la en que nacieron, sin temor de pérdida alguna, y como si no hubiera distancia, y sin sacar para su viage bastimento alguno, cosa que por experimentada cada dia, no hace en esta provincia novedad alguna; pues en diciéndole á un indio de las misiones de la Vizcaya que lleve una carta á México, á donde hay trescientas leguas de distancia, aunque jamas haya salido de la mision, en diciéndole que el rumbo de México es el Oriente, no necesita de otra prevencion para su viage.

Es tanta la vivacidad de los sentidos de estos bárbaros, que así como los perros rastros sacan á sus dueños por sus huellas por su natural instinto, de la misma manera hallan por el rastro cualquiera cosa que buscan, sea hombre ó animal, aunque camine sobre yerbas y sobre piedras, donde no puede estampar sus vestigios, ni resquicio por donde pueda conseguirse lo que se busca. Esta noticia ha sido y es muy proficua en este reino, así para librarse de sus hostilidades y crueles asechanzas, como para encontrar muchos que despues de haber cometido algunos delitos, salen huidos para donde no sean conocidos: sucede cada dia que hurtan aun los indios de los pueblos, las hijas ó mugeres de otros indios, y aunque lleven dos ó tres dias adelantados los fugitivos, como al indio rastroso le pongan en el rastro por donde salieron, los saca por él aunque hayan caminado por entre piedras haciendo semicírculos, como lo esperiménté el tiempo que fuí cura en la ciudad de San Luis, donde avisándome de algun fugitivo, luego hacia buscarle por el rastro. Lo mismo me sucedia cuando visitaba la provincia en los despoblados caminos de los presidios, en donde caminando, solian avisarnos los indios escolteros que habia rastros frescos de indios alzados, y mirando yo con atencion las partes que señalaban, advertia los vestigios casi impercep-

tibles de los indios, y ellos, caminando á toda prisa, con la vivacidad de su vista lo notaban todo.

Aun es para admirar mas, que de noche puedan descubrir los rastros de los alzados, indios. Sucedió á un religioso de esta provincia digno de toda creencia, el siguiente caso: caminaba dicho religioso con dos indios bozales de una mision para un convento, á donde le habia señalado la obediencia; hizo noche en un páramo apartado del aguage y del camino, porque no diesen con él los indios caribes que solian hostilizar aquellos contornos: era la noche tan oscura, que apenas podia divisar los árboles mas cercanos: recogido el religioso, llegaron los indios asustados y le dijeron que se levantase á toda prisa, porque habia indios en la tierra, frase con que ellos se esplican para decir que hay indios bárbaros enemigos, y que lo habian conocido en los rastros que en las yerbas habian registrado: hizo fuerza al religioso que con noche tan oscura pudieran registrar los rastros en las yerbas aunque en la vista fueran lince: mas como el miedo de la muerte aviva las creencias al mas incrédulo, no dejó de darle golpe la eficaz persuasiva de sus bozales indios, y entre creyendo y dudando, montó á caballo á toda prisa, y anduvo como veinte leguas aquella noche, estimulado del miedo que le daba alas para la huida: llegó como á las ocho del dia á una hacienda donde determinó quedarse para descansar de la mala noche, y como á las cinco de la tarde llegaron las noticias de haberse llevado los indios bárbaros la caballada, y de haber muerto dos vaqueros que la cuidaban en el mismo sitio donde habia parado el religioso; de cuyo suceso infero el mucho conocimiento que tienen los indios en el campo con los rastros de los caribes, aun en lo mas oscuro de la noche; pues por medio de él se libró este religioso de caer en sus sangrientas manos; cogiendo Dios por instrumento á la rudeza de unos bozales indios, para librar de caer en manos de otros mas crueles al religioso, que, como dijo Orígenes en el libro de las Virtudes, usa Dios de instrumentos viles muchas veces para nuestro amparo y defensa; por esta razon se pasan estos caminos desiertos con escolta y vigilancia, porque caer en manos de los caribes, es lo mismo que tener segura una atrocísima muerte.

Cuando los españoles tratan de salir á alguna campaña en busca de unos caribes, para castigar sus crueles hostilidades, el medio para hallarlos en las montañas y asperezas que habitan, es valerse de indios de nacion diversa, que como tengo referido, casi todas recíprocamente son enemigas, y con alguna cantidad de esta gente que llaman indios amigos, salen á hacer presa en ellos, porque si no se valieran de rastros tan diestros, tengo por imposible los pudieran descubrir segun se saben abrigar de quebras, cañadas y espesuras por caminos débiles y casi impenetrables; pero como los indios amigos son cuñas del mismo palo, tienen la misma inteligencia que los enemigos, y les siguen los rastros y observan las pisadas con toda cautela, y en reconociendo en qué parage hacen noche, les dan á los españoles aviso, y los van guiando hasta tenerlos muy bien cercados, y así que los nuestros apellidan Santiago, comienzan los indios auxiliares á flecharlos con grandísima crueldad. Y no quedan contentos con verlos derramar su sangre, sino que ansiosos de verter mas sangre humana, cogen á las pequeñas criaturas y contra las peñas y troncos les hacen pedazos las cabezas, sin perdonar edad ni sexo; y así es preciso que pongan gran vigilancia los cabos de los españoles de que los indios auxiliares no lleguen á la chusma de niños y niñas, porque á cuantos pueden haber á las manos, sin remedio alguno quitan atrocemente la vida: y como la gente española es política y cristiana, solo pretende castigar á los indios crecidos, matando tan feroces enemigos que bárbaramente crueles lo talaran todo; pero á la gente moza la aprisionan y sacan á las ciudades y villas para que con la crianza muden de costumbres y se bauticen; y esto es lo que continuamente observan en las campañas; y así suelen los españoles tener mas que hacer en estorbar que los indios amigos no consuman toda la chusma, que en pelear con los indios bárbaros que buscan; y si en el asalto se huyen algunos de los enemigos procurando escapar las vidas en las fragosidades de los mas empinados montes ó en las profundidades de sus barrancas, no les suele valer á los miserables esta diligencia, porque los indios amigos les siguen las huellas y los sacan de rastro, aunque estén en los mas intrincados retiros, y allí les quitan la vida trayendo las cabezas

á nuestro campo, para que conozcan los españoles que les son fieles, y quitándoles los cascos con el pelo, se los llevan á su pueblo para bailar el mitote en compañía de sus parientes con las cabezas de sus enemigos en señal del triunfo; suelen hacer comer y beber los sesos y sangre de sus padres á los inocentes niños, que les toca de la presa para que aborrezcan (á su parecer) á los de su sangre y no se huyan de las casas donde los erian, lo que no pueden en las campañas remediar los indios auxiliares; pero la lástima es, que los que hoy son amigos, mañana son fieros contrarios, y es necesario buscar otros indios auxiliares que hacen la misma diligencia con ellos al abrigo de las armas españolas, que les infunden valor y esfuerzo, como con el contacto de la tierra lo recibia Anteo, segun la erudicion profana.

CAPITULO IX.

Dáse razon de los ejercicios de estos indios, y prosigue la materia de sus costumbres impias.

Cuando los discursos de los hombres son mas rudos, son en las traiciones y cautelas mas aventajados; por esta razon se dice como adagio comun en nuestra España: "Que no hay tonto que no sea malicioso;" y les conviene á estos indios á la letra, pues siendo de discursos tan rudos, como queda referido, todas sus acciones son maliciosas y de cautela: estas las practican cada dia, así en los crueles designios con que persiguen á los hombres, como para coger los incautos animales de que